



El Ciclo de la Luz: Un Viaje a través del Bardo Tibetano

Hiby Alfonso



En las cumbres nevadas del Himalaya, donde el cielo se une con la tierra, la vida fluye como un río eterno que nunca se detiene. Para el pueblo tibetano, la muerte no es un muro infranqueable, sino una puerta abierta hacia una nueva etapa en el ciclo continuo llamado samsara. Los monasterios de techos dorados vigilan el horizonte, guardando los secretos de una transición que todos los seres vivos experimentarán.



Los antiguos maestros enseñan que la gran rueda de la vida gira sin cesar, entrelazando el nacimiento, la existencia y el renacimiento en un baile sagrado. Cada ser es como una gota de agua que se evapora para luego volver a caer en forma de lluvia sobre las montañas. Esta cosmovisión transforma el miedo a lo desconocido en una aceptación serena de la naturaleza cambiante de la realidad.



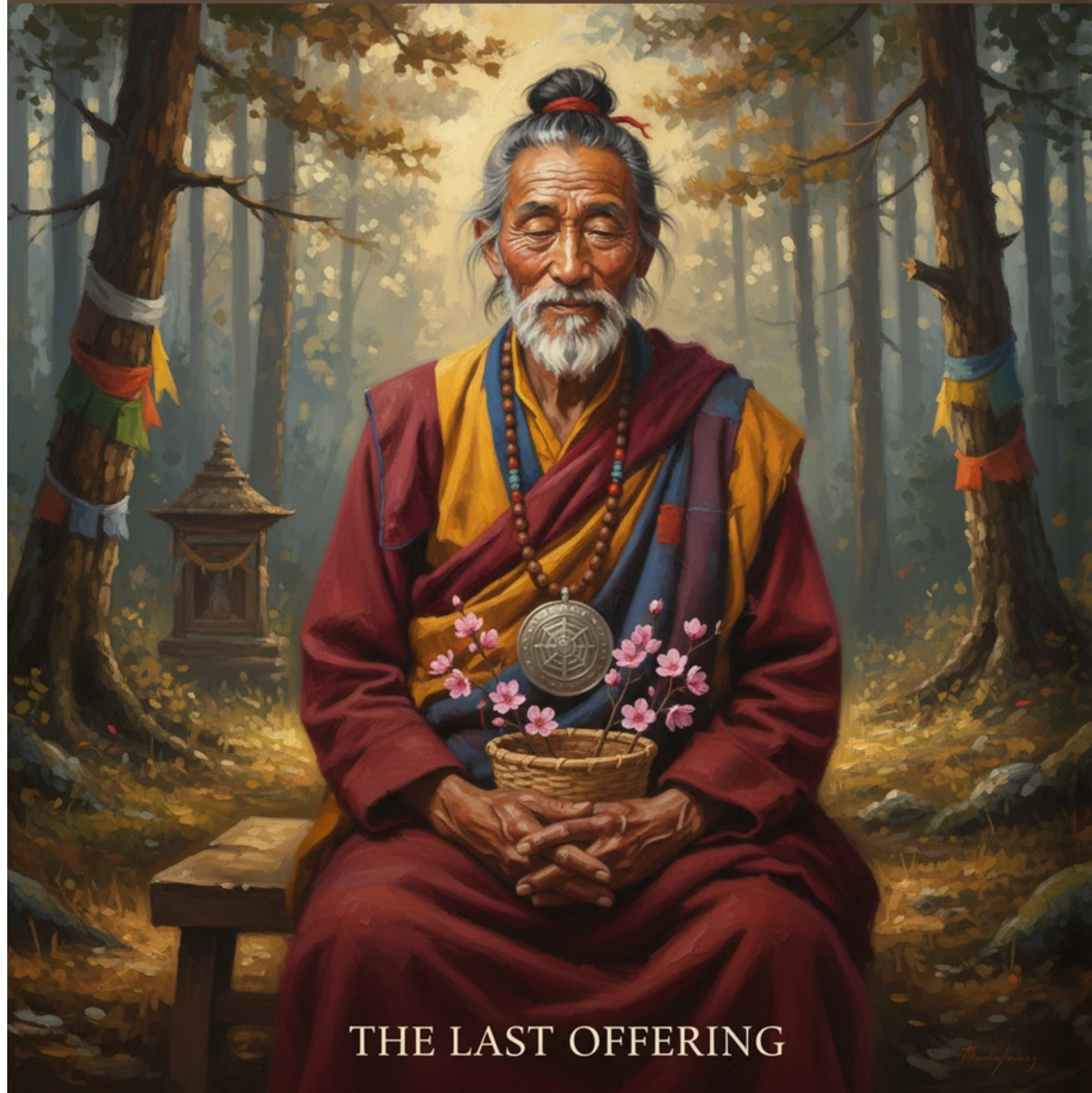
Tenzin es un anciano de mirada profunda y manos que han girado miles de veces las ruedas de oración en su pequeña aldea. Ha vivido una vida sencilla, cultivando la compasión y el desapego, preparándose mentalmente para el gran viaje que se avecina. Rodeado de banderas de plegaria que ondean al viento, Tenzin encuentra paz en la idea de que su conciencia pronto cambiará de forma.



Cuando el aliento de Tenzin se vuelve tenue y su corazón late con lentitud, su familia se reúne en un silencio lleno de respeto y amor. Un monje del monasterio cercano se sienta a su cabecera, recitando con voz rítmica versos del Bardo Thödol para guiar su mente. El ambiente está cargado de incienso, creando un espacio sagrado donde la tristeza se mezcla con la esperanza de un buen tránsito.



Tras exhalar por última vez, la conciencia de Tenzin se desprende de su cuerpo físico para entrar en el Bardo, el estado intermedio entre la muerte y una nueva vida. Durante cuarenta y nueve días, su espíritu navegará por un reino de visiones y luces, donde las oraciones de los vivos actúan como faros en la oscuridad. Es un periodo de gran importancia espiritual donde la esencia del ser busca su verdadero camino.



En este plano etéreo, Tenzin se encuentra con luces radiantes de colores vibrantes y figuras simbólicas que representan sus propias proyecciones mentales. El monje en la tierra sigue leyendo las instrucciones sagradas, recordándole que no debe tener miedo de las visiones, pues son solo reflejos de su propia mente. Cada paso en el Bardo es una oportunidad para alcanzar la iluminación o elegir un renacimiento lleno de sabiduría.



Mientras el espíritu de Tenzin viaja, su familia organiza el ritual del entierro celestial en las laderas más altas y puras de la montaña. En esta ceremonia ancestral, el cuerpo físico se ofrece a los buitres, considerados mensajeros sagrados que llevan la materia de vuelta al ciclo natural. Para los tibetanos, este es un acto final de generosidad suprema, entregando lo que queda de uno mismo para sustentar a otros seres vivos.



Los buitres ascienden hacia el sol, desapareciendo entre las nubes mientras la comunidad observa con una profunda sensación de impermanencia. No hay tumbas de piedra ni monumentos, pues se entiende que el envase material ya no tiene propósito una vez que la chispa de la vida ha partido. El paisaje vasto y solitario del Tíbet se convierte en el escenario de una conexión total entre el hombre y el cosmos.



En el hogar de Tenzin, se encienden cientos de lámparas de mantequilla que iluminan la penumbra con un brillo cálido y constante. Los vecinos y amigos se unen en oraciones comunitarias, reflexionando sobre cómo la muerte de un ser querido es una lección viviente sobre la brevedad de la existencia. El duelo se vive con una compasión activa, deseando que el mérito de sus plegarias ayude a Tenzin en su nueva etapa.



Finalmente, la luz de la conciencia de Tenzin encuentra un nuevo destino, cerrando un capítulo para comenzar una historia completamente diferente. El ciclo de la luz continúa, recordándonos que en el corazón del Tíbet, la muerte es simplemente el amanecer de un nuevo camino espiritual. La vida vuelve a brotar en el valle, eterna y renovada, bajo la mirada eterna de las montañas nevadas.